

**CONFERENCIA DEL MAESTRO**  
**OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

**LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ**  
**LOS DISTINTOS CUERPOS QUE TENEMOS**

**Bonfin, 25 de septiembre de 1975**

---

Para la Ciencia Iniciática el ser humano es un reflejo, una imagen del universo; así pues, al igual que el universo, está compuesto de regiones, de distintos «cuerpos». La ciencia oficial aún no ha llegado a admitir esta realidad, y de ahí provienen muchos errores, especialmente en medicina y en psicología.

Los hindús dividen tradicionalmente al ser humano en siete cuerpos, y la mayoría de los espiritualistas aceptan esta división. El cuerpo más material y el único visible para nosotros es el cuerpo físico, pero existen otros seis cuerpos compuestos de una materia cada vez más sutil: los cuerpos etérico, astral, mental, causal, búdico y átmico. En realidad, el cuerpo etérico forma aún parte del cuerpo físico. Y existe bajo cuatro estados denominados éter químico, éter vital, éter luminoso y éter reflectante. Por esta razón, podemos dividir al cuerpo físico en siete estados: sólido, líquido, gaseoso y los cuatro estados etéricos. Los otros cuerpos pueden igualmente dividirse en siete: así, en el astral, hay tres regiones inferiores y cuatro regiones superiores, y es ahí, en esas regiones superiores, donde viven los ángeles.

¿Qué es un ángel? Un ángel es una criatura inmortal hecha de una materia tan pura, tan sutil, que nada malo ni oscuro puede alcanzarle. Vive en la luz, en el gozo absoluto y lo conoce todo salvo el sufrimiento. Pues el sufrimiento tiene siempre como origen los movimientos de la naturaleza inferior que producen trastornos y perturbaciones. Un ángel no puede conocer esas molestias porque es absolutamente puro. No existen ángeles en el plano físico; sólo se les encuentra a partir de las regiones superiores del plano astral.

En el límite del plano astral inferior con el plano astral superior, se

encuentra una zona intermedia habitada por seres que están perfeccionándose, rompiendo los vínculos con las regiones inferiores; pero aún son susceptibles de ser atormentados por las malas influencias del plano astral inferior y del plano físico. El cuerpo astral es, pues, a la vez el mundo del sufrimiento y del gozo: del gozo cuando el hombre ha conseguido purificar y refinar sus deseos; y del sufrimiento cuando vive muy abajo, atrapado por la codicia y la pasión.

En el momento de la muerte, el hombre se desprende de su cuerpo físico, pero ello no basta para que se sienta inmediatamente liberado. Incluso podría decirse que aún está más expuesto a los tormentos que si estuviera sobre la tierra.

En efecto, durante la vida terrenal, nuestro cuerpo físico es un caparazón, una coraza que nos impide sentir la realidad del cuerpo psíquico. Pero cuando uno se libera del cuerpo físico por la muerte y se encuentra en el astral sin defensa, corre el peligro de sufrir mucho y ser muy desgraciado.

El Infierno no es otra cosa que un estado de consciencia vivido muy intensamente en el plano astral. Sólo cuando nos hemos purificado por el sufrimiento podemos, al fin, salir de allí. Todos aquellos que se entregaron a una vida de excesos, de injusticias, de maldades, de crueldades y que consiguieron escapar a la justicia humana, se encuentran, cuando mueren, enfrentados en el plano astral con todo el mal que hicieron; no pueden encontrar refugio alguno por ninguna parte porque ya no tienen el cuerpo físico que les proteja y les insensibilice; padecen los mismos sufrimientos que hicieron sentir a otros seres cuando estaban en la tierra.

A menudo, sin duda, habréis tenido pesadillas y la mayoría de las veces habréis observado que esas pesadillas, se interrumpían de pronto porque os despertabais sobresaltados, muy contentos de encontraros bien protegidos en vuestro cuerpo físico, y diciéndonos: ¡Afortunadamente, no era más que un sueño! ¿Por qué ese sobresalto al despertar? Porque subconscientemente sabíais que para defenderos de los seres o de las fuerzas hostiles del plano astral, debíais retornar a vuestro cuerpo físico, que es como una fortaleza en donde estáis a cubierto.

Si os quedáis en el plano astral, continuáis estando a merced de vuestros enemigos. Pero si dejáis ese plano y entráis de nuevo en vuestro cuerpo físico, que es denso y sólido, entonces os liberáis de ellos. Es exactamente como si, al ser perseguidos en la calle, encontrarais refugio en una casa: en ella, ni los cuchillos ni las balas pueden alcanzaros. La misma

ley rige en todos los campos astral y físico. Puede también suceder que, durante sus meditaciones, ciertas personas se desdoblén, siendo atraídas hacia regiones peligrosas del plano astral, en donde son perseguidas y amenazadas. Por lo tanto, la primera cosa que deben hacer es volver a entrar en el cuerpo físico para protegerse.

El cuerpo físico es una buena fortaleza: pero cuando en el momento de la muerte lo dejamos, si se hubieren quebrantado las leyes del amor, de la sabiduría y de la verdad, nos vemos obligados a pagar en el plano astral por todas esas transgresiones. ¡No son invenciones! Los grandes Maestros de la humanidad siempre lo dijeron; y también los grandes artistas, pintores, poetas, representaron ese mundo en sus obras; y personas clínicamente muertas durante tres o cuatro días que luego recobraron la vida, pudieron contar lo que habían visto en el plano astral en aquellos momentos que transitaron por allí. El Cielo permite que sea así, que de vez en cuando, algunas personas tengan estas experiencias para enseñar a los humanos, para recordarles ciertas verdades, que de otra manera sería mucho más difícil de comprobar. O que sus experiencias hubieran llegado hasta nosotros con relatos reales de personas normales.

Así pues, después de la muerte, el hombre debe sufrir en el plano astral todo el mal que causó a los demás; padecer por todas las transgresiones que cometió. No es la Inteligencia Cósmica quién vigila para vengarse o castigar; ésta sólo quiere que el hombre llegue a tomar absoluta consciencia de todo cuanto hace en la tierra, porque muchas veces hizo sufrir a seres sin ni siquiera darse cuenta de ello y esta ignorancia es inaceptable y le impide evolucionar. El desconocimiento de estas leyes, no te exime de tus responsabilidades al igual de lo que sucede con las leyes terrestres. La Inteligencia Cósmica nos hace pasar por los mismos sufrimientos que infligimos a los demás, para que aprendamos bien lo que hemos hecho, y podamos corregirnos. El tiempo que allí permanezcamos, dependerá de la gravedad de nuestras faltas.

Algunos, que no han cometido grandes crímenes, superan rápidamente esta etapa, mientras que otros permanecerán durante años en este plano, con el consiguiente sufrimiento.

Cuando el hombre ha pagado puntualmente sus deudas, entra en la primera región del astral superior donde vive en el gozo, en el entusiasmo, a causa de la felicidad que proporcionó a los otros en la tierra. Todo lo bueno que hizo por ellos: ayudarlos, alentarlos, darles esperanza, despertarles la fe

o el amor, debe también vivirlo en el astral, infinitamente ampliado. Sólo entonces se da cuenta de lo que hizo en la tierra. Pues ocurre, en efecto, que ciertos seres muy evolucionados hacen el bien sin saber a cuantas personas benefician, a cuanta gente proporcionan el gozo, la dicha, la vida. Lo hacen instintivamente, sin pensado. Pero la Inteligencia Cósmica quiere que se conozca todo. Por eso, después de su muerte, es preciso que esos bienhechores inconscientes vean, comprendan, sientan todo el bien que han podido hacer y se queden embelesados. Después llegan más arriba, a la región del plano mental inferior, después al superior y de ahí al plano causal, donde les son ofrecidas todas las riquezas, todos los tesoros de la sabiduría; les son revelados todos los misterios del universo y se les muestra toda la belleza de las regiones celestiales. Luego, ascienden aún más arriba, al plano búdico, y allí, unidos al Alma universal, viven una vida de felicidad indescriptible. Verdaderamente no hay palabras para describir lo que ocurre en el plano átmico: es la fusión completa con el Creador...

En el momento en que el hombre debe reencarnarse, vuelve a pasar por las mismas regiones: átmica, búdica, causal, etc., tomando de cada una material para hacerse un traje, es decir, un cuerpo cada vez más denso conforme desciende hasta la materia. Cuando llega al plano físico, como un niño pequeño, no se acuerda de nada, ni de lo que sufrió, ni de lo que le satisfizo, ni de lo que aprendió.

Pero todo está ahí, acumulado en él, y recuperará la memoria un día, cuando acepte algunas disciplinas, algunas reglas de vida bajo la dirección de un Maestro. Los que consiguen sacar de la profundidad de su ser el recuerdo de lo que vivieron en el más allá, avanzan mucho más rápidamente en el camino de la evolución.

Desgraciadamente, la mayor parte de los humanos está tan apegada a los placeres y a las pasiones de la tierra, que todos esos conocimientos, todas esas riquezas profundamente escondidas, se inhibirán en ellos durante mucho tiempo antes que puedan beneficiarles.

Bienaventurados aquellos que conocen esta realidad y creen en ella porque ya no podrán aceptar el vivir una vida mediocre. Cada día desean avanzar, progresar en inteligencia, en amor, en dominio de sí mismos para ser útiles a toda la humanidad.

Pero vuelvo a lo esencial: tanto si se cree como si no se cree en la supervivencia del alma después de la muerte, todo queda grabado en nosotros sin saberlo. La naturaleza aventaja, desde siempre, a los más

grandes especialistas en electrónica. Ella ha instalado en la punta del corazón del hombre una bobina magnética, del tamaño de un átomo, que rueda durante toda la vida, y que lo graba todo.

Cuando el hombre se va al otro lado, se desprende de su cuerpo físico, pero conserva esa pequeña bobina. Los jueces de lo alto le invitan entonces a contemplar en silencio el «film» de su vida, que revive detalladamente.

Sí, nadie puede escapar a esta ley: todo en la vida se graba y se debe pagar en el plano astral por cada transgresión que se ha cometido aquí abajo; todo se experimentará con mayor intensidad porque ya no se tiene la protección del cuerpo físico.

No hay nada más terrible que encontrarse desnudo y vulnerable en el plano astral, pues los pensamientos y los sentimientos de los vivos vienen directamente a morderos, a pincharos, a quemaros. No podréis escapar a ellos. Incluso las quejas y las penas de los vivos que se dejan sobre la tierra son un tormento para los muertos. Sólo en el momento en que entráis en el plano Causal, nada puede alcanzaros; os quedáis en el centro de un Círculo mágico de luz, y nada puede atravesarlo si vosotros no lo deseáis.

El mundo del alma y del espíritu es verdaderamente extraordinario, y puesto que estáis en una Escuela Iniciática, si sabéis ser pacientes y tenaces, aprenderéis mucho. Pero ¡cuidado!, debo advertiros: si os dejáis atraer por futilidades y renunciáis a esta riqueza Espiritual por menudencias de la vida cotidiana, cuando partáis al otro mundo, pasaréis por estados de conciencia aterradores, porque no habréis sabido apreciar lo que es puro, sagrado, divino. Y lo peor es que a partir de este momento que habréis leído y aprendido estas cosas que os digo, ya no podréis decir, que no lo sabíais, ni lo habíais escuchado antes.

Me diréis: «Pero con todo, esto no es nada, yo no he asesinado a nadie». Sí, el hecho de no apreciar el lado divino es grave; no indica nada bueno en vosotros. Esto significa que en el pasado vivisteis de forma tan deplorable, que os preparasteis unos cuerpos astral y mental totalmente defectuosos; retrasasteis tanto vuestra evolución que ahora os falta, en alguna parte, un elemento que os vuelva sensibles al mundo divino, y deberéis sufrir para adquirirlo. Que esta vida os sirva por lo menos de lección para mejorar vuestra próxima venida, sólo de vosotros depende, de nadie más que de vosotros.

Un minuto de meditación

\* \* \*

